

"El Corresponsal de París"

(Hoja autógrafa semanal para el servicio de la prensa hispano-americana)

Redacción y Admón: 17 rue de Maubeuge  
París.

Año III. ~ Núm: 105.  
París 11 de Mayo de 1890.

Sumario. - Ojeada a la situación: Paz a los muertos. Ecos del 1.º de Mayo. Las blusas en el Parlamento. Triunfo merecido. - Extranjero: Lo que se dice de Alemania; Bismarck irritado; el nuevo canciller aburrido. ~~Italia, conflictos en perspectiva.~~ - Miscelánea: La literatura política; un libro de sensación. Asuntos financieros; un proceso ruidoso. El arte español en París; juicio confirmado.

Esta vez, como decía el otro, la cosa ha ido de veras. Decididamente el boulangismo ha muerto, y no solamente ha muerto sino que ya está enterrado, y bien enterrado. Por más que la noticia - como noticia - no tiene nada de nueva, no estará demás conseguir nuevamente este hecho indiscutible, acerca del cual existe una unanimidad casi absoluta, hoy que algunos pocos de los que quedaron en cierto modo ilesos de la última campaña tienen aún la ridícula osadía de proclamar, aunque de una manera vergonzante, que el llamado partido nacional subsiste todavía "con o sin" Boulanger, por la circunstancia, falsa de toda falsedad, de representar - dicen - a los elementos que aspiran a la revisión constitucional, como único medio de asegurar por completo el porvenir de la República. Esto ni es serio, ni vale la pena de refutarlo. El partido nacional vivió durante breve tiempo de la vida que le prestara el reclamo personal del general Boulanger. En cuanto el desterrado de Jersey ha sido despenado a lo más hondo del abismo, el partido ha ido de derrota en derrota, y han tratado vanamente de rehacerlo sus más interesados y entusiastas campeones. Creyeron en un momento ciego que el pueblo de París se conmovería y volvería a lanzarse en brazos del que fue su ídolo de un día con solo anunciarle que el ex-ministro de la guerra iba a abandonar las abruptas peñas de la isla legendaria para presentarse en la gran capital el día de las elecciones, aunque no fuera sino para plagiar con ello la calaverada inútil de un joven príncipe que a estas horas debe estar ya muy arrepentido de su proceder

descabellado...; y todos hemos visto cómo ha contestado el cuerpo electoral de este pueblo autojuzgado y voluble al solo anuncio de aquella disparatada bravata.

Por lo que respecta a la representación que los últimos restos de la partida boulangista pretenden o finjen asumir llamándose a sí propios los porta-estandartes de la idea revisionista, la cosa es sencillamente risible, y no hay nadie aquí que conceda a esa pretensión la más pequeña importancia. La idea revisionista no es de hoy; hace muchos años que existe en Francia, y por cierto que en vida de Gambetta costó al gran tribuno, al eminente patriota, no pocos sinsabores. No hay necesidad de recordar a este propósito el gran número de batallas que el partido radical ha librado en el Parlamento en pro de aquella idea, que entra de lleno en su programa de reformas, de todos conocido. ¿Cómo quieren arrogarse ahora los boulangistas derrotados de ayer lo que indubitablemente pertenece de hecho y de derecho a los radicales? ¿Es que creen quizá alcanzar con ello que el partido radical, numerosísimo en Francia, les abra generosamente los brazos para admitirles en su seno y hacer causa común en la propaganda de aquel ideal, en la ilusión de rehabilitarse de este modo ante el país, que por modo tan soberano acaba de rechazarles? Se engañan torpemente si tal creen. Si el país ha de volver a sourceirles nunca, una vez pronunciada la definitiva condena, ni los radicales se han de prestar jamás a ese burdo juego, en el que dejarían indudablemente todo su prestigio enagenándose para siempre las simpatías de la parte sensata y progresista de la nación y procurando a sus adversarios los oportunistas una fácil y decisiva victoria. Esto hará que el partido radical prescinda quizá por algún tiempo de tomar ninguna iniciativa relativamente al problema revisionista; pero ¿qué importa? Lo que interesa ahora es que el país se reponga de su última convalecencia, curándose bien y radicalmente de la enfermedad (boulangitis aguda) que le tenía prostrado. Cuando ya ni los escasos restos del partido del general queden para atestiguar la presencia de ese liviano espectro, entonces quizá pueda volver el partido radical a la defensa inmediata de su legítima aspiración. Obrar de otro modo sería poco hábil y, sobre todo, muy antipatriótico.

Y véase como teníamos razón sobrada cuando, a pesar de no ser ninguna novedad, repetíamos al comenzar nuestra crónica que el boulangismo puede considerarse esta vez como bien muerto, y como definitiva y oficialmente enterrado. R.T.P.

Nadie se acordaba aquí ya - aquí, donde los hechos se suceden con rapidez vertiginosa dejando apenas el tiempo indispensable para que uno los vaya almacenando en la memoria - de la célebre jornada de 1.º de Mayo. Todos sabíamos, sí, que París debía profundo agradecimiento al gobierno por las medidas enérgicas que había tomado con objeto de asegurar la tranquilidad pública, seriamente amenazada al decir de la gente. Ya recordarían nuestros lectores cómo se pasó en París la famosa y estupenda jornada. Ni siquiera constato de manifestación lúta. Las terribles legiones de anarquistas que debían invadir la capital del mundo civilizado prefirieron que ocase pacíficamente en sus casas, y, aparte media docena de carreres sin importancia ni serias consecuencias, todo redujo a pedir de boca para los timoratos y para la gente de orden y que tiene que perder, que aquí es considerable.

Al volver el Parlamento a sus tareas, era natural que algún diputado de los que representan al partido socialista intentase interpelar al gobierno pidiéndole explicaciones acerca de su conducta en aquel día tan memorable. Esto es lo que sucedió, con efecto, anteayer. Para dar más carácter a la interpelación, subió a la tribuna un diputado obrero, pero obrero en toda la extensión de la palabra... y de la blusa que viste, y que ostenta con cierta arrogancia cada vez que acude a las sesiones de la Cámara. El pobre Mr. Thivrier (así se llama) no luce mucho por su elocuencia, lo cual no es ciertamente ningún crimen; pero el bueno del hombre no hizo sino dañar a la causa que defendía: tantos fueron los oislates que dijo, y de tal manera se arregló para provocar de todos lados las protestas de los diputados. No cesaba de decir, y éste fue su constante estribillo, que el ejército era el que se ensañaba contra los obreros siempre que éstos, en uso de su derecho, se declaraban en huelga. "Respetad al ejército" gritabanle desde los escaños los diputados. "Lo respetaré - respondía Mr. Thivrier - cuando vosotros respetéis a las blusas". Otro diputado socialista (éste sin blusa) subió a la tribuna y concretó más los hechos, aludiendo ya de una manera directa a los sucesos del 1.º de Mayo en París y protestando de un modo formal y categórico contra la actitud del gobierno en aquella ocasión.

Mr. Coustant no es hombre que se intimide por tan poca cosa. Afortunadamente para él, el país estaba completamente a su lado en este asunto, y naturalmente, fuerte en sus convicciones y más fuerte aún a causa de estas simpatías, resultó lo que debía resultar inevitablemente de se-

mejante debate: un triunfo ruidoso, tan ruidoso como me-  
recido, por parte del ministro y del gobierno. El Sr. Constant  
habló como un verdadero hombre de Estado. No lo hubieran  
hecho mejor - dejando de lado la semejanza de criterios -  
Bismarck en Alemania, ni Gladstone en Inglaterra. Dijo  
y repitió con una serena energía que le valió unánimes aplau-  
sos, que por nada ni por nadie dejará que se turbe el orden  
público, por lo mismo que esto es elemental en todo gobierno,  
sea cual fuere su significación y procedencia. Todo gobierno  
tiene grandes intereses que salvaguardar, aparte el interés pri-  
mordial político que pudiera inspirarle. Desde el gran indus-  
trial al más humilde obrero, todo el mundo tiene el derecho de  
ser protegido por los poderes públicos. El deber de éstos consiste  
en evitar que el desorden llegue a producirse, cuando hay  
elementos suficientes que prueben la existencia de un desig-  
nio preliminar del hecho. El partido socialista aspira a la solu-  
ción de un trascendental problema; esto es innegable. Hay,  
sin embargo, quien o quienes no esperan más que una de-  
cisión para lanzarse a la calle, sin pertenecer a ningún par-  
tido, esperando aprovecharse del primer desorden para  
el logro de fines particulares e interesados, por aquello tan  
sabido de que a río revuelto ganancia de pescadores. Esto es  
sencillamente lo que ha querido evitar el gobierno, no sin de-  
clarar su profundo asentimiento en favor de todo lo que tien-  
da a resolver pacíficamente el interesantísimo problema del  
mejoramiento de las clases trabajadoras.

En estos e parecidos términos habló Mr. Constant,  
que obtuvo de la Cámara un voto de aprobación casi uná-  
nime, y la felicitación sincera de todas las personas sensatas  
de dentro y fuera del Parlamento.

+ +

Dejemos los asuntos de política interior, y digamos  
en breves líneas algo de lo más interesante llegado estos días  
del extranjero.

Empecemos por Alemania. De Berlín telegrafían a  
última hora que las diferencias que existen entre el emperador  
y el príncipe de Bismarck van tomando un carácter muy  
grave. El ex. canciller manifiesta fuertemente irritado del si-  
lencio guardado por el emperador, en su reciente discurso  
ante el Reichstag, acerca de su dimisión y de su retiro.  
Parece que Mr. de Bismarck ha escrito a su joven soberano  
manifestándole de una manera categórica que quería dar  
a conocer al pueblo alemán los verdaderos motivos de  
su retirada. A esto dícese que el emperador le ha hecho

contestar diciendo que <sup>no</sup> se detendrá ante las más extremas medidas si éstas son necesarias para contrarrestar la oposición del ex-canciller. Confirrase, por otra parte, que ha sido organizada una vigilancia rigurosísima cerca de Mr. de Bismarck y de todos aquellos que le son más adictos.

De otro lado - y es éste un detalle sumamente peregrino - empieza a susurrarse en Berlín que el nuevo canciller, general de Caprivi, tiene la intención de abandonar en breve sus elevadas funciones, que al parecer le son ya intolerables - ¡tan pronto! - en razón a las dificultades sin cuento y a los rozamientos diarios que resultan del carácter del emperador y de su costumbre de contrariar los consejos de su nuevo canciller, y aún de hacer caso omiso de ellos.

Si esto se confirma, hay que convenir en que cada día vamos caminando de sorpresa en sorpresa. Cuántos cambios en ese joven soberano en tan poco tiempo. Presentóse nos al principio como un emperador puramente militar, como un soldadote brutal y violento que iba a precipitarse sobre Francia y sobre Rusia, cuando no sobre las dos a la vez, poner todo a sangre y fuego, y aplastar a pueblos y naciones bajo los cascos del caballo de Attila...; y he aquí que se nos aparece de repente como un monarca pacífico y socialista, preocupado sobre todo de la suerte desdichada de los trabajadores, e invitando a los gobiernos a buscar fraternalmente los medios de hacerla más humana y más soportable.

Algunos dicen que si de Caprivi se retira, el emperador es muy capaz, a pesar de lo ocurrido, de volver a llamar al canciller hoy en desgracia, al príncipe de Bismarck, y entonces sí que el asombro general llegaría a su colmo. - En una novela que tuvo en su tiempo cierta celebridad - Sing-Mars, de Alfredo de Vigny - existe una escena en que Luis XIII, mortificado y abutrido ante la incontestable superioridad de Richelieu, le arranca el poder; pero apenas se encuentra solo enfrente de las áridas cuestiones que es necesario resolver, acosado de todas partes, reconoce entonces su impotencia y llama en su auxilio al mismo que momentos antes había despedido, a Richelieu, al verdadero rey. - Llamando de nuevo a Mr. de Bismarck, Guillermo haría de él el verdadero emperador. Abdicaría moralmente. Y esto solo constituye una razón poderosa para que no lo creamos... mientras no tengamos el hecho brutal e incontestable ante la vista.

+  
x x

Algunas líneas acerca del movimiento literario y artístico de París en estos últimos días.

Acaba de publicarse un libro destinado a producir en el mundo político - ya que no en el literario - una gran sensación. El libro es de Mr. Ferry, el antiguo presidente del Consejo de ministros, cuyo talento como hombre de Estado es tan grande como su impopularidad, y se refiere nada menos que al Tonkin. Hay que reconocer desde luego, sin entrar a discutir las condiciones de la obra - que no hemos leído - que Mr. Ferry ha tenido una excelente idea con la publicación de ese libro. En lo más crudo de su impopularidad, olvidado casi de todo el mundo, batido en cuantas elecciones se ha presentado, es ciertamente un golpe liábil aparecer de repente en la escena política, y precisamente con un libro en forma de alegato que viene a ser algo así como una justificación de aquello mismo que quizá no suficientemente conocido, le ha enagenado las simpatías del partido republicano, ante el cual parece ahora presentarse, con pruebas y documentos en la mano, en demanda de rehabilitación.

¿Se la concederá el partido republicano? Difícil es aventurar una respuesta negativa en este país que ha glorificado a Gambetta después de haberle llenado de injurias, y que ha hundido en lo más profundo del abismo al general Boulanger después de haberse echado poco menos que a los pies de su caballo. De todas suertes, el libro de Mr. Ferry dará lugar a grandes polémicas. De la luz que se haga, el ex-presidente del Consejo saldrá completamente vindicado o postergado de una manera definitiva, sin apelación, y para siempre. Quizás él también haya jugado con su libro, su última carta.

+ + +

Quisieramos hablar de los asuntos financieros que han constituido el tema de las conversaciones en París durante una porción de días; pero el tiempo y el espacio nos faltan, y hemos de diferirlo para nuestra próxima crónica. El Crédito foncier y el proceso relativo a la quiebra del Comptoir d'Escompte: no se habla de otra cosa; y en verdad que merece bien la pena, atendido el gran número de intereses que andan revueltos en medio.

+ + +

El triunfo conquistado en el salon de pinturas por nuestro paisano Sr. D. Ulpiano Checa es ya unánimemente reconocido por todos los que en París pasan por inteligentes. Nos sentimos por ello orgullosísimos, y esperamos solo que el Jurado venga a confirmar el fallo de la opinión concediendo al joven y ya eminente artista la medalla de honor que se ha tan bien ganado. - Arturo Suardell